

EDITORIAL

EL DEPORTE NO ES PROPIEDAD PRIVADA

Resulta extraordinariamente difícil escribir sobre un tema que ha sido, durante muchos años, materia de discusión íntima y amistosa entre entrañables amigos de redacción, sobre todo si el tema rebasa los límites de un tratamiento específico, para adentrarse en el espinoso campo de la crítica generalizada de los usos y costumbres de un pueblo, o al menos de los que lo administran.

Sin embargo y pese a las dificultades que pueda llevar consigo su planteamiento, creo obligado, por razones de honradez y sinceridad, sacar a colación un tema que ha sido, vuelvo a repetir, motivo de encendido diálogo, de irritantes desazones y de lamentables desengaños.

Nos hemos preguntado en infinidad de ocasiones, el por qué directivos de federaciones o clubs deportivos, con inusitada frecuencia entienden como propiedad privada lo que es patrimonio de toda una colectividad. Es posible que este criterio de posesión pudiera estar justificado en la «época gloriosa» (?) del deporte, en que la economía de federaciones o clubs dependía de la postura personal de sus dirigentes, pero en la actualidad esta situación está superada o debiera estarlo, para el caso es lo mismo. Nos inclinamos más bien a creer se trata de una muestra más del peculiar estilo de gobierno celtibérico en donde el sentido de posesión se refleja en todas y cada una de las manifestaciones oficiales o privadas de muchos de sus mandatarios y en todos los tiempos.

También nos hemos preguntado buen número de veces, si la práctica deportiva es de exclusivo usufructo de una minoría de elegidos y si el deporte debe su razón de existencia a los resultados competitivos de un exiguo número de superdotados biológicamente o de «productores deportivos» a sueldo. Nos inclinamos también en este sentido a creer nos hallamos ante una nueva prueba de paleta triunfalismo, ante un fácil conformarse con unos modestos frutos tempranos, sin paciencia para esperar cosechas más abundantes y maduras.

Por último, ha sido materia de reflexión entre nosotros el papel de los medios de difusión —de comunicación social, como ahora gusta llamarles— especializados o no en materia deportiva, y cómo no, nos hemos planteado la duda sobre si es posible que la posesión de la verdad esté sólo en la mente de los que sólo actúan como espectadores privilegiados de un hecho social que, al menos, exige comprensión y capacidad para enjuiciarlo. También en esta ocasión hemos de convenir que la en general escasa talla intelectual de

nuestro periodismo a todos los niveles se acentúa aún más en el especializado en deporte, entre otras cosas porque para el propio país y en todos sus estamentos, el deporte y todo lo que con él se relaciona, son los garbanzos viudos del plato de pobre, sin interés y sin sustancia.

Pero frente a los usos y costumbres de manual folklórico, la realidad de una sociedad moderna que busca con ahinco la libre expresión de sus personales criterios, el reencuentro con la naturaleza y la ocupación de su ocio; que no acepta imposiciones en sus formas de diversión, que rechaza el clasismo (sea biológico y social) y que desea interpretar a su manera, sin farisaicos devaneos, el mundo en que vive.

Si pudiéramos gritar y ser oídos, proclamaríamos a los cuatro vientos nuestro desacuerdo con aquellos que confunden la enorme responsabilidad de dirigir, con el caprichoso monopolio del poder. Denunciaríamos el escaso rédito de una minoría privilegiada, que no sólo es incapaz de lograr un nivel digno en el concierto mundial del deporte, salvo honrosísimas excepciones, sino que en su ciega exigencia no quieren ver la injusta distribución de unos medios que pertenecen a toda la juventud, y no sólo a una parte de ella, ni la más importante, ni posiblemente la mejor.

Mostraríamos por fin nuestro más profundo desprecio por cuantos, amparándose en el se quiera o no, fuerte reducto de los medios de difusión, convierten el DEPORTE, con mayúsculas intencionadas, en el «Campo de Agramante» de inconfesables apetitos personales, confundiendo la realidad del hecho deportivo, con su enorme fuerza expresiva y su importante papel social, en el amasijo de la información grosera, de la entrevista chavacana y de la inmundicia a cielo abierto.

Para aquellos que su misión dirigente es una entrega constante al servicio de la colectividad, y sienten la responsabilidad de administrar unos bienes que no son propios, nuestro más profundo respeto y elogio. Para aquellos que interpretan el deporte como una constante superación de sí mismo, como espléndida posibilidad de realización y entregan lo mejor de su juventud sin estridencias, nuestro aplauso y admiración. Para aquellos que saben utilizar honestamente su situación profesional dentro de la sociedad, y a través de los diversos medios de difusión se convierten en valiosos portavoces del deporte en sus más puras esencias, nuestro agradecimiento y aliento.

A veces y aunque de antemano, sepamos no hacemos otra cosa que predicar en el desierto, sentimos la necesidad de que nuestra protesta o nuestro elogio sea algo más que mero pasatiempo disléctico entre amigos, y nos asomamos a la única ventana en franquía, la que abrimos hace más de diez años y ahí continúa abierta.

J. G.